

F 1226

.C3

1861



FONDO
PEREZ MALDONADO

CARLOS PEREZ MALDONADO

MONTERREY, MEXICO.

CONCIUDADANOS:

Al entonar un himno patriótico en honra de éste glorioso aniversario que llena de orgullo á la Nacion, dos sentimientos distintos, uno de gozo profundo, otro de inquietud indefinible se apoderan del corazon.

Es que á nuestros ojos aparecen los dos grandes dramas de nuestra historia nacional.

La Guerra de la Independencia.

La Guerra de la Reforma Social.

Por una parte, resuena el grito mágico del gran Hidalgo, el estruendo de las armas, el estallido del cañon, los cantos guerreros de nuestras heroicas falanjes, los tristes gemidos de los mártires de la Nacion; y el corazon reboza de gozo porque esos esfuerzos patrióticos nos dieron el ser político, la independencia nacional.

Por otra parte, aparece la Reforma llena de esplendor, proclamando la emancipacion moral

del pueblo mexicano y derramando en su seno aquellos principios regeneradores de progreso é ilustracion que dió á luz el siglo pasado y que van, como por encanto, transformando á las generaciones modernas. Pero ¡ah! al alcanzar el término de tan brillante carrera, surge el indómito genio de la anarquía, envidioso, amenazador, resuelto á defender con desnudo la rica prenda que estaba por perder; y nuestro corazón se cubre de luto y se llena de inquietud porque en ésta nueva lucha la Revolución reformista transige con la anarquía, se desvia del recto sendero y compromete su triunfo final.

Entre estos dos sentimientos fluctúa hoy día la angustiada Nación.

Para el Pasado tiene flores: para el Presente, lágrimas, aflicción.

La Independencia y la Reforma, procedentes ambas de la misma causa superior, el desarrollo natural y forzoso de los pueblos, nos inspiran sin embargo, en sus efectos inmediatos, sensaciones distintas; y el aniversario de hoy, lejos de oponerse á la pública manifestacion de éstos contrastes, nos impone el deber de considerarlos detenidamente.

El día que dió vida á la Nación debe de ser propicio para conjurar los males que ésta resiente actualmente, que opacan su brillo y pueden entrañar su destruccion.

Estas consideraciones filosóficas son menos halagüeñas para el entusiasmo nacional que una mirada retrospectiva hácia los tiempos heroicos que conquistaron nuestra Independencia.

Los pueblos gustan verse retratados en los grandes hechos de sus antepasados y robustecer sus virtudes cívicas, su fé nacional, con el recuerdo de aquellos ciudadanos, beneméritos de la Patria, que por ella vivieron con lustre y por ella con gloria supieron morir.

¡Cuan grato nos sería pues hablar exclusivamente de nuestro pasado histórico, pintar aquella época heroica que inició el grito de Dolores y terminó la entrada triunfal en México del ejército trigarante: época de padecimientos y de pruebas, de valor estoico y sublime abnegacion: época que presenció la lucha encarnizada y sangrienta por medio de la cual los siervos de un monarca europeo conquistaron el precioso título de ciudadanos libres y la independencia de esta Pátria hermosa, mas digna de amor á medida que aumentan sus desgracias y corre mas sangre de sus heridas!

¡Cuan grato sería detenernos ante el grandioso espectáculo que presenta aquella epopeya en que figuraron los Hídalgo, y los Allendes, los Morelos y los Matamoros, los Guerrereros y los Iturbides y tantos varones ilustres, tantos ínclitos caudillos que con su indomable constancia sostuvieron la Gran Causa y con su muerte á la Pátria dieron vida!

Durante once años seguiríamos con ansia los progresos de aquellas falanges de la Independencia que no triunfaron de sus enemigos sino despues de haber triunfado del hambre, de la desnudez y de los innumerables obstáculos fi-

sicos y morales que el trono y el altar, unidos, amontonaron á porfia durante tres siglos para contener en México á las masas y perpetuar sobre ellas una dominacion sin rival.

Veriamos los campos talados, las ciudades humeantes, levantados los cadalzos, porquiera la destruccion; pero sobreponiendose á tantas calamidades el característico espíritu nacional: vencido á veces, doblegado jamás.

Tal es la época que sirvió de cuna á la independencia mexicana, tal la época con cuyos nobles recuerdos podriamos mecer al orgullo nacional.

Mas al tener fija la vista en aquel cuadro brillante que nos legaron nuestros padres, sin considerar el que nos presenta la actualidad con colores tan oscuros, dariamos á entender que, siguiendo la República una marcha próspera y normal, nuestra imaginacion descansada invoca las inspiraciones del Pasado sin temer las convulsiones de un Presente triste y aciago en demasía.

Desgraciadamente no es tan halagüeña la situacion.

Los agudos gemidos de la Pátria, de ésta madre adolorida, nos llegan al corazon.

Indaguémos pues la causa de las convulsiones que padece el pueblo mexicano.

Considerémos á la Nacion obedeciendo al impulso de principios generales cuya influencia es universal, pero obedeciendole en la órbita de sus facultades físicas y morales, es decir, deduciendo su transformacion, no solo de la fuente comun

del moderno Progreso, sino tambien de las causas peculiares á su esencia social.

Los impulsos morales no pueden afectar á todos los pueblos de la tierra en grado igual ni precisamente de la misma manera. Mil consideraciones de clima, de raza, de posicion geográfica y de antecedentes históricos modifican hasta cierto punto la forma en que se efectúa la transformacion de una sociedad, aunque el fondo siempre sea el mismo.

De acuerdo con éste principio fijémos el valor intrínseco de los elementos sociales que han constituido sucesivamente á nuestra nacion desde su independencia hasta la época presente, invoquémos las luces de la experiencia histórica y deduzcamos las consecuencias que nos proporcione éste estudio tan delicado de nuestro ser político; estudio capaz de herir en algunos puntos al ciego espíritu de partido, pero que estimará en su justo valor el gran espíritu nacional.

Cuando hace mas de medio siglo, un venerable anciano, un humilde ministro de la Religion, movido por la misteriosa inspiracion de una voz divina, proclamó la independencia de México: cuando el inmortal Hidalgo dió el noble grito de Dolores, sus palabras cayeron en el corazon de millones de Mexicanos como una chispa electrica que pronto se convirtió en vasto incendio para consumir el edificio político que la España habia levantado á duras penas mediante tres siglos de incesantes trabajos.

Este resultado maravilloso podria dar á en-

tender que los pueblos de Nueva España, preparados de ante mano para la libertad en fuerza de su cultura intelectual, como lo estaban los Estados-Unidos al tiempo de separarse de la madre-pátria, no esperaban mas que una señal para empuñar las armas y, vencido el enemigo, ejecutar un plan político bien conocido é hijo de profundas convicciones.

Nada de ésto, Señores.

El grito de Dolores despertó al pueblo mexicano de un profundo letargo en que yacia bajo el pesado yugo de la mas deplorable postracion moral.

El pueblo mexicano no habia, como el de los Estados-Unidos, heredado de su metrópoli los beneficios de la revolucion social que inauguró el siglo décimo octavo.

El pueblo de Franklin, ilustrado tanto por la tradicion de sus padres como por su continuo contacto con el movimiento intelectual de la Europa, recibió una educacion liberal y no fué contenido en los estrechos y mezquinos límites que fijó la zelosa España á su desgraciada colonia.

Ese pueblo, al levantar el estandarte de la insurreccion, pudo aprovechar desde luego todos los elementos de la moderna organizacion social. No tuvo que padecer las convulsiones intestinas hijas de principios heterogéneos, de intereses opuestos, de miras discordantes. Un clero opulento é influente en demasía, una aristocracia poderosa, no paralizaban su accion que pudo dirijir esclusivamente contra el enemigo nacional.

Los padres de aquella nacion encontraron á un pueblo culto é imbuido ya en todos los principios de la civilizacion moderna; su obra, una vez alcanzada la independenciam del país, se redujo pues á sancionar el espíritu y, en muchos casos, la letra misma de sus anteriores instituciones públicas con las pocas variaciones esenciales que exigia su nueva condicion política.

Washington, al ponerse á la cabeza del movimiento revolucionario de su pueblo, se dejó llevar de la corriente popular; las ideas de su siglo lo impulsaban de una manera irresistible. El era resultado de una causa superior que habia movido ya los ánimos de todos sus conciudadanos antes de confiarle la brillante espada de la libertad que legó gloriosa y sin mancha á las generaciones futuras.

El pueblo mexicano, al contrario, tuvo que vencer la corriente de tres siglos para proclamar su emancipacion política.

Hundido en las tinieblas de una espantosa ignorancia, de un fanatismo ciego y de una inercia forzosa, habia visto destruir en su seno todos los elementos que podian contribuir á levantarle en la escala social y hacer de él una entidad poderosa é ilustrada.

El principio dominador logró, en fuerza de habilidad y de constancia, reducir á sus súbditos al estado de instrumentos pasivos de la prosperidad financiera que disfrutaban la corona y sus numerosos validos.

El movimiento intelectual de la Europa, nó obstante su poderoso impulso, en vano trató de

salvar los confines del vireinato cuyos habitantes ignoraban hasta el carácter del siglo en que vivían.

De vez en cuando, una chispa procedente de aquel foco de luces que el siglo pasado derramó sobre la humanidad doliente, lograba burlar los rezelos del Gobierno colonial. Entonces, fecundado por su mágico contacto, algún genio privilegiado llegaba á alcanzar el nivel de las inteligencias europeas y se volvía una protesta viva contra la opresión que subyugaba á un pueblo tan digno de mejor suerte.

Esta política de avasallamiento físico y moral, auxiliada poderosamente, con pocas y sublimes escepciones, por los ministros del altar, produjo los lamentables resultados que eran de esperarse.

No es nuestro objeto pintar en su origen ni en su desarrollo éste sistema de gobierno ni tampoco considerar si la conducta de España fué hija de un egoísmo perverso y calculado ó del carácter de tiempos pasados en que los preceptos del Evangelio no encadenaban la conciencia de una Magestad Católica victoriosa ni defendían á millones de seres humanos vencidos y rendidos á discreción.

Dejarémos también á un lado las apreciaciones de un historiador, que se dice nacional, y cifra la prosperidad que disfrutaba la colonia, en los crecidos tributos que ésta pagaba á su metrópoli así como en la satisfacción que sentían en el país algunos ricos homes, algunos clerigos y empleados reales, al considerar un

statu quo que les era tan favorable y tan productivo.

Bástenos manifestar que, al cabo de tres siglos de semejante sujeción, millones de seres humanos que Dios había hecho á su semejanza, á quienes había dado una alma inmortal, llegaron al grado de decadencia moral en que los sorprendió el grito de Dolores.

Hidalgo, al conmover hasta en sus cimientos á nuestra sociedad, tuvo pues que crear él mismo el movimiento nacional en vez de dejarse arrastrar por su corriente.

Washington había sido hijo de la revolución que dió la independencia á su patria.

Hidalgo fué padre de la que tan gloriosamente libertó á la suya.

El primero fué consecuencia, el segundo causa de la explosión nacional que arrancó á sus respectivas metrópolis las dos primeras Repúblicas del continente americano.

Fácil es pues comprender que los Mexicanos se lanzaron á la lucha obedeciendo mas bien á una necesidad imperiosa de independencia que á un sentimiento filosófico de libertad que no podían aun conocer. Sintieronse movidos por aquella inspiración misteriosa que impulsa al hombre á combatir por la tierra en que vió la luz primera y á libertarla de la extraña dominación.

Pero si los campos de batalla son propios para romper los grillos de la esclavitud, no lo son para cosechar los beneficios que proceden del choque de las armas.

Estos beneficios son siempre posteriores á la acción de la fuerza material.

Durante la contienda armada una nación no se puede ilustrar; toda su capacidad, toda su potencia, están reconcentradas en el elemento militante.

La cultura moral é intelectual de los pueblos no se alcanza sino bajo la sombra fecundante del árbol sagrado de la Paz.

Así pues, en 1821, consumada ya la Independencia, los Mexicanos habian recorrido, segun las palabras del inmortal Iturbide, *el inmenso espacio que hay desde la esclavitud á la libertad*, pero les quedaba aun que recorrer todo el que separa el oscurantismo de la ilustración nacional.

Habian sacudido el avasallamiento político, mas no el avasallamiento moral.

Es que los vicios de un gobierno bastardo desmoralizan con facilidad y asombrosa prontitud á un pueblo, mientras que se necesita para alcanzar su rehabilitación moral el auxilio del tiempo, la propagación de las luces y una dolorosísima conmoción social.

El ejemplo de la Revolución francesa está fresco aun para manifestar la exactitud de este principio.

Ese ejemplo se invoca constantemente entre nosotros para normar la marcha de nuestra crisis social y, aunque éste sistema de comparación sea inoportuno y exagerado en muchos puntos de trascendental importancia, no deja

sin embargo, de presentar analogías marcadas; procediendo ambas revoluciones de una fuente comun.

El pueblo francés sacudió el yugo que le habian impuesto tambien el trono y el altar, tan pronto como empezó á disfrutar de la herencia que Guttemberg habia legado á la humanidad.

La imprenta dió alas al pensamiento y la ciencia no fué ya mas el esclusivo dominio de ciertos poseedores de viejos pergaminos; se propagó como por encanto y fecundó paulatinamente al reino intelectual que necesita de improbos trabajos y de constantes esfuerzos para dar productos de alguna valía.

Al principio, empezóse á escribir para la corte, para los nobles, para las pocas inteligencias cultivadas, pero sin atacar la causa primera de la vigente organización política: el despotismo real, la excesiva influencia teocrática, la usurpación social de las clases privilegiadas.

La soberanía ilimitada de los pocos y el avasallamiento degradante de los muchos, no encontraron desde luego contradictores de suficiente genio y valor.

Peró despues del reinado de Luis XIV, despues de las hermosas producciones literarias que, en su mayor parte, sirvieron de incensarios á la real potestad, aparecieron los hombres pensadores, vió la luz primera la literatura que no solo se dirigia al rico en su palacio sino tambien al pobre en su guardilla.

Entonces se oyó un rugido popular, tímido aun y sofocado por el clamoréo del Pasado, pe-

ro que á éste hizo estremecer y asomar en lontananza al risueño Porvenir.

A medida que se propagaban las luces crecía de punto el primitivo rugido hasta que alcanzó las proporciones de un estruendo horroroso que, conmoviendo al Mundo, dió á luz la Revolucion.

Recordó el hombre su esencia inmortal, sintió que un subterfugio hábil y sancionado por los siglos le habia arrebatado el ejercicio de sus derechos naturales, la dignidad de su condicion humana, y juró recuperar de nuevo, aun al precio de su existencia, ambos bienes perdidos.

En éstos momentos supremos la sociedad sintió un desquiciamiento general y llegó á entrever su ruina. Movieronse con febril ardor todas las clases que la componian: el cielo inspiró ángeles, arrojó el infierno monstruos de iniquidad: el rey, el noble y el sacerdote, el militar, el artesano y el vasallo pusieronse en accion para representar su respectivo papel en el Gran Drama é inclinar la balanza social en su favor.

Desarrollose la tempestad. Un huracan devastador hundió á la Francia en las tinieblas espantosas de la ira popular. Arroyos de lágrimas y de sangre arrastraron en su curso desordenado á las coronas, á los títulos y privilegios, á la riqueza de los magnates, á los bienes eclesiásticos á las barreras monacales y á cuantos escombros dejaba esparcidos el Pasado vencido y humillado.

En fin, terminó el primer período de la Revolucion, período indispensable y preparatorio,

período esencialmente negativo, período exclusivo de *Destruccion*.

Este período es propio para disipar los miasmas fétidos de una atmósfera social corrompida, pero á condicion de ser corta su duracion. Es una tempestad cuyos resultados pueden ser benéficos pero que no por ésto deja de ser tempestad, es decir, un mal positivo que no se puede aguantar sino en vista de su esencia anormal, de su existencia momentánea.

Pasado el tiempo de su reinado tiene que ceder el campo á la calma, sola capaz de consolidar el edificio social sobre sus nuevas bases.

Entonces empieza el segundo período de la Revolucion, período que la consuma, período eminentemente positivo, período exclusivo de *Reedificacion*.

Tenemos pues presentes los dos principios que entraña la revolucion reformista y que presentan entre sí, á primera vista, una aparente incompatibilidad.

1º El principio de Destruccion.

2º El principio de Reedificacion.

No obstante el comun origen de estos dos principios, es decir, el irresistible impulso sentido por la humanidad para mejorar su condicion aun mediante males terribles pero pasajeros, el primero, el principio de Destruccion, llegado el término de su reinado, no cede el campo al segundo, al principio de Reedificacion, sino con marcada repugnancia y en virtud solo de la fuerza que éste adquiere por el mero he-

cho de haberle señalado el tiempo la necesidad de su advenimiento al Poder.

Esta renuencia se concibe, pues el principio destructor de la Revolucion, animado en su origen por ideas y miras de suma trascendencia, no tarda en degenerar en una fuerza exclusivamente brutal. Embriagados por el vértigo que produce la misma destruccion, los hombres exaltados llegan á confundir el medio con el fin, olvidan que si destruyen es solo porque se oponen los elementos del Pasado al establecimiento de los del tiempo presente, y se vuelven enemigos acérrimos de todo movimiento nacional que tienda á entonar la autoridad pública, á reconcentrar todas las fuerzas dispersas por el desenfreno de las pasiones y aplicarlas á la reedificacion del cuerpo social.

De aquí resulta, que cuando en el desarrollo de la Revolucion se robustece el principio destructor hasta el grado de sofocar completamente al elemento de reedificacion social, desaparece una desgraciada nacion en las garras de la demagogia enloquecida, la cual no tarda en sepultarse á sí misma bajo las ruinas que se ha complacido en amontonar.

El pueblo francés tuvo la gran dicha de encontrar oportunamente el principio reedificador en el genio inmortal del Primer Consul quien, inspirado por la conciencia nacional y sostenido por la fuerza fisica de un ejército moralizado y triunfante, puso un dique al ascendiente y mortal progreso del torrente devastador y encadenó la hidra insaciable de la anarquía. Así solo

pudo consumarse la Revolucion, consignandose sus principios reformistas en el código Napoleón santuario de los derechos y de las garantías del pueblo francés, monumento elevado á la posteridad como gage de union entre los hijos de una gran nacion, reconciliados, en fin, bajo la égida protectora de la triunfante Reforma.

Pero alejémonos del espectáculo imponente y tan fecundo en consecuencias generales que presenta la Revolucion francesa cuyos resultados conquistaron al pueblo que la consumó el derecho de marchar á la vanguardia de la civilizacion moderna, volviéndose, por decirlo así, el cerebro de la humanidad.

Volvamos la vista hácia nuestra pátria, mas cara para nosotros en el colmo de su desgracia que todas las demas naciones del Universo en el zenit de su gloria.

Hemos invocado los recuerdos de la revolucion social de la Francia por ser ésta la fuente de donde proceden las reformas inauguradas últimamente en la República Mexicana.

Con los antecedentes que nos ha proporcionado ésta digresion podremos seguir de frente considerando, á la luz de la historia, las transformaciones de nuestra sociedad, subsecuentes á su emancipacion política.

Así como la imprenta propagó en Europa las luces y abrió los ojos al pueblo, la Independencia abrió en México las puertas al Pensamiento y propagó paulatinamente los conocimientos que